

Opinan profesores de la Universidad de Concepción*

¡Basta ya de tanto centenarismo!

La pregunta podría reducirse a una interrogación escueta: ¿qué hemos sacado en limpio los hispanoamericanos, y particularmente los chilenos, del coro de voces discordantes surgidas en torno al Quinto Centenario? Diría, en primer término, que mucho menos de lo esperado. Las viejas disputas semánticas han reaparecido con fuerza. ¿Qué fue lo que ocurrió hace 500 años? ¿Un descubrimiento, un encuentro de dos culturas, un genocidio, una invasión? ¿En dónde buscar nuestra identidad, en las etnias indígenas, en el mestizaje o en la pertenencia a la cultura occidental?

Preguntas que nos hacen transitar desde la semántica a la ya mítica búsqueda del “ser hispanoamericano”. Ha existido demasiado alboroto, excesiva pasión, muy poca reflexión. Las expectativas cifradas en el V Centenario parecen que fueron excesivas. Creo que no es bueno ponerse a pensar sobre la historia y la cultura americanas a partir de un gatillazo, el V Centenario, que nos puso a todos en movimiento como si fuéramos corredores olímpicos de cien metros. Me dan ganas de gritar ¡alto!, ¡basta ya

* En relación con el Quinto Centenario el diario *El Sur* de Concepción interrogó a varios profesores de nuestra Universidad. Reproducimos las respuestas de cuatro de ellos, dos de los cuales son miembros de la Comisión Asesora de *Atenea*: Mario Rodríguez y Antonio Fernández.

de tanto centenarismo! Creo necesario, ya, resistir toda esa infinita gama de discursos tejidos en torno al hecho. El discurso culpabilizador que transforma a los españoles en padres violadores y a nosotros, pobrecitos, en “huachos”. El discurso legitimatorio de la evangelización civilizadora. El discurso reivindicativo de las etnias indígenas. Y lo creo porque todos ellos se han transformado, por obra del V Centenario, en discursos estratégicos que no nos entregan un “saber” auténtico sobre el proceso histórico, sino visiones parcializadas, sesgadas, ideologizadas. Si queremos indagar sobre nuestro pasado para encontrar allí las señas de una identidad posible de realizar en el futuro, dejemos atrás la barahúnda de los 500 años y encerrémonos en paz a leer a quienes han “pensado” a la “América indígena que aún reza a Jesucristo y aún habla en español” (Rubén Darío). Cito tres nombres: Octavio Paz, Uslar Pietri y Leopoldo Zea. Y cito una frase del primero, que me parece un punto de partida: “Toda la literatura hispanoamericana ha oscilado en torno a la doble tentación o al doble espejismo: el de la tierra que dejamos, Europa, y el de la tierra que buscamos, América...”.

MARIO RODRIGUEZ FERNANDEZ
(Profesor de Literatura Latinoamericana.
Crítico y ensayista literario).

Naturaleza superior a la historia

América y Europa, en 1492, eran marcos geográficos humanos distintos, con saberes y concepciones del hombre y mundo diferentes. El latín clásico superaba las barreras de lenguas y dialectos de los europeos, comunicándolos unívocamente. En España, Nebrija fijaba el idioma castellano. América presentaba innumerables lenguas y dialectos que hacían difícil la comunicación entre regiones próximas, e imposible entre las más alejadas. El castellano va a servir de común denominador al traducir las lenguas indígenas, enriqueciéndose con voces nuevas y permitiendo el encuentro de mentalidades. En los quinientos años el mundo ha visto nacer un modo de pensar que llamamos ciencia. Esta, con su método y logros, ha creado un saber universal que con su impacto ha afectado a todas las realidades culturales del orbe, modificando profundamente la vida cotidiana, aspiraciones y costum-

bres de todos los pueblos, desdibujando sus tradiciones originales distintivas. La vertiginosa revolución de las comunicaciones ha permeabilizado las fronteras culturales a tal punto que existen imágenes universales de aspiraciones de vida y de oportunidades. El hombre de hoy tiende, en todas las latitudes, hacia un ecumenismo de vida, con valores universales, los que van reemplazando a aquellos locales y regionales, aun cuando lo exótico mantiene muchas veces ese sabor con ecos de un pasado. En nuestros tiempos, en nuestra Hispanoamérica, los artistas tienden hacia dos vertientes: unos a crear dentro de la impronta de las corrientes internacionales, mientras que otros rescatan del pasado el cosmos simbólico y legendario para reelaborarlo en forma contemporánea, pero dejando manifiestas las raíces culturales prehispánicas. Este retomar nuestras raíces indígenas es reciente; configura una tendencia muy honesta para valorar logros antiguos, pero como tendencia no sabemos cuándo ésta será reemplazada por otra. Al respecto recordemos que, en el siglo pasado, el paisaje americano fue descubierto como motivo y preocupación estética, propagando la visión de mundo exótico. Si miramos a nuestro continente -indagando aquello que nos definirá en el tiempo venidero-, encontramos que es la naturaleza la única oferta válida para mantener nuestra identidad geográfica cultural, ya que nuestros recursos ecológicos vírgenes son únicos en el planeta. Si miramos hacia el este o al oeste, hacia Europa o Asia, vemos que poseen una historia milenaria, rica en monumentos y en testimonios históricos impresionantes. En América la naturaleza sobrepasa a la historia, y de su permanencia, manejo y cuidado depende en gran parte nuestra identidad original futura.

ANTONIO FERNANDEZ VILCHES
(Profesor de Historia del Arte y director
de la Pinacoteca de la Universidad de
Concepción)

Faltan altruismo y buena fe

Hace 500 años, Cristóbal Colón extendió significativamente el territorio hispánico tradicional en la Península Ibérica. En las nuevas tierras la sociedad hispánica desarrolló su vida según su curso histórico ya arraigado, ajustán-

dola mínimamente a las exigencias ambientales del Nuevo Mundo. Naturalmente, éste estaba ocupado previamente por población autóctona, frente a la cual la Corona, pasado el choque, la confusión y el desconcierto iniciales, estableció medidas integracionistas de fondo, tales como la implantación deliberada mediante la evangelización y la escolaridad, de la filosofía, el código ético-moral, la religión, la visión del mundo y los contenidos intelectuales de la hispanidad. Inicialmente la misionalización católica se condujo en las lenguas vernáculas americanas, como transición hacia el uso sistemático del castellano. En la escuela, el vehículo de la enseñanza fue siempre el castellano. Esto significa que la política imperial frente a las lenguas indoamericanas fue de tolerancia, no de prohibición, pero tampoco de estímulo. En cambio, los contenidos religiosos indoamericanos fueron considerados aberrantes y demoníacos y toda la acción hispánica fue dirigida hacia su erradicación. La cultura material indoamericana fue simplemente ignorada, salvo uno que otro componente puntual, de tipo práctico, adoptado con modificaciones por los hispanos. La antigua política, tan claramente definida y orientada hacia la hispanización, ha ido cambiando hacia una situación actual confusa, contradictoria, desestructurada y potencialmente conflictiva entre los grupos vernáculos y la comunidad hispánica. Por parte de unos, actitudes de agresiva autoafirmación y desmesuradas exigencias relativas a su lengua y cultura tradicionales; por parte de otros, simpatía romántica en el nivel retórico, distanciamiento o benévola indiferencia en la práctica. Sin embargo, esta situación podría desarrollarse hacia un estado de cosas grato y saludable para la sociedad hispánica y para las minorías vernáculas. Todo lo que se necesita es un análisis basado en una buena metodología científica, riguroso, informado, sensible e inteligente de la realidad sociocultural hispánica, de los grupos vernáculos, de los problemas derivados del contacto y, sobre todo, desde ambas partes, altruismo, buena fe y deseos sinceros de una convivencia respetuosa y productiva.

ADALBERTO SALAS

(Profesor de Español, doctor en lingüística,
especializado en mapuche)

Cultura mezcla en la mezcla

En Hispanoamérica la conquista originó un mestizaje étnico-cultural. Tal mestizaje, en su doble vertiente, ha ido decantándose de modo desigual en los distintos países. Ello ha dado como resultado poblaciones de diversa composición, así como variantes culturales específicas. No obstante, tras estas diferencias aparecen elementos comunes como el idioma español, la religión y algunos usos y costumbres similares. Ello facilita, en cierto modo, la comunicación de los pueblos hispanoamericanos dentro de ciertos parámetros compartidos.

Como todo mestizaje, éste ha manifestado vaivenes entre sus polos de origen, en este caso vaivenes europeizantes e indigenistas, a veces con pretensiones puristas imposibles.

Se suele pasar por alto, sin embargo, que el resultado de esta mezcla tuvo consecuencias más allá de los límites concretos americanos donde tal fusión se cumplió. Me refiero a que, con la llegada europea a América, fue Occidente quien terminó de construirse (esa manera de concebir el mundo, por difusa que pueda parecer a veces, que llamamos Occidente), resultando así que las culturas aborígenes y la europea devinieron en una nueva entidad de proyección universal. Si en América las culturas nativas fueron sustituidas en gran medida por los puntos de referencia europeos, Europa, a su vez, vio modificada su cosmovisión por todo aquello que iba descubriendo. Hubo entonces una interacción, la cual, aunque no equivalente, resultó en un nuevo mundo cultural occidental.

Estimo que todo esto, con especial conciencia de lo último, es lo que debe ser asumido de una vez: son nuestros pueblos resultado de una mezcla que forma parte componente de la cultura occidental. Occidente mismo es una mezcla de diversos conjuntos. Uno de éstos es el hispanoamericano, el que no es, con todo, un conjunto homogéneo. Esa falta de un perfil unívoco es lo que debilita la presencia de la América hispana en el compuesto occidental. No en vano los pueblos europeos tienen miles de años más de interacción.

La mezcla en la mezcla, eso es *culturalmente* América en Occidente. Asumir esto es un primer paso que puede evitar querellas inútiles. De aquí surge una posibilidad de proyección: el refuerzo de un perfil propio. Sin embargo, como conjunto hispanoamericano, el asunto no es de fácil logro. Quizá un primer paso consista en acentuar nuestra presencia en lo medular occidental:

en el arte, por ejemplo, se ha logrado, falta incrementar esto en lo científico-tecnológico. No hacerlo significa resignarse a cumplir con un papel exótico, recibiendo los dictámenes políticos y económicos del sector poderoso de nuestro mundo. *Nuestro*, no lo olvidemos.

PATRICIO OYANEDER
(Profesor de Filosofía)

